

No quiso contradecirle el consejero, porque el tomado por loco se enojaba mucho más, y hombre inteligente y conocedor de las debilidades humanas, ofreció al forastero darle de comer mientras para sí pensaba: Como cosa curiosa, quiero contar al rey este caso rarísimo.

El consejero, por su talento, gozaba en la Corte de mucha reputación, y siéndole a cualquier instante franqueada la entrada, se encaminó inmediatamente a palacio, se presentó ante el ángel, y explicóle lo sucedido con su admirable huésped. Mandóle que lo condujese a su presencia, y en una gran sala reunió a toda la Corte, y la servidumbre ocupaba las escaleras y las galerías. Cuando el consejero entró con el ahora sumiso rey, gritaron todos mofándose:

—¡Dios te salude, señor rey sin imperio!

El ángel, sentado con rica magnificencia en el trono al lado de la hermosa reina, saludó al rey, cuyo corazón hervía de odio viendo a su supuesto enemigo al lado de su propia esposa. El ángel le dijo:

—Declara la verdad, ¿eres el rey?

Y éste contestó:

—Bien presente se me está era yo aquí poderoso, donde mi esposa me recibía como a su rey y señor, y de cuyo bondadoso saludo me veo ahora privado y antes nunca negado, hasta hoy, día de mi ignominia y de mi sufrimiento. ¡Oh, con cuánta alegría me he separado aún esta mañana de sus amorosos brazos!

La reina, de vergüenza, se puso como la grana al oír que un hombre forastero la había abrazado, y dijo al ángel:

—Mi real señor y esposo, este hombre realmente es un insensato.

Y un viejo cortesano clamó contra el rey:

—¡Cállate, malvado! ¡debes ir a la horca!

Y la juventud dorada de la Corte con ánimo de agrandar y aparentar heroísmo se disponía a echarse sobre el rey y jugarle una mala partida, pero el ángel evitó la acción y llevándose al rey en una hermosa y solitaria sala, le habló de esta manera:

—Díme, ¿crees o no crees en el poder de Dios sobre todas las cosas? ¡Mira como su poderío llega hasta el polvo! ¿Quién te ha ayudado en tus poderosas guerras? ¿A quién pertenece tu celebridad y gobierno? Todavía vive la verdad: «Deposuit potentes do sede»: y tú y tus iguales nada oprimiréis eternamente.

Así habló el ángel al rey, y éste preguntóle temblando: -

—Hombre, ¿quién eres? Si Dios el todopoderoso de quien hablas, derrama tu misericordia sobre mí, sobre este pobre, sobre este extraviado.

—No soy Dios—le contestó el ángel—pero sí su mensajero y el criado del verdadero Cristo. El me ha enviado, y a ti te ha impuesto el castigo por tu orgullo. ¡Dios levanta y abate cuando quiere! ¿Por qué perseguiste esta verdad?

Humillándose de nuevo el rey ante el mensajero del Señor, se inclinó, y arrodillóse hasta besar el suelo diciendo:

—Te sigo gustoso y alcánzame la misericordia de Dios.

Al oír esto, ofrecióle el ángel la mano, y le proporcionó el traje real, y dióle otra vez su figura de rey, después de haberle quitado las prendas que para cubrir desnudeces le había regalado el escancador y consejero. Desapareció el ángel de la vista del rey subiendo de nuevo al cielo, en la patria de las almas, en el imperio del padre eterno.

El rey exclamó:

—¡Alabado sea el Todopoderoso. Lo que el ángel me ha dicho es la pura verdad!

Y salió de la habitación con el semblante de no haber experimentado pena alguna. Al verle le preguntó la servidumbre llena de respeto:

—Señor, ¿en dónde ha quedado el loco?

Al momento, llamó a la reina y a todos los suyos y les contó lo ocurrido y padecido, sus disputas con el bañero y los demás, mostrándoles las miserables prendas recibidas. Aterró el caso a los cortesanos, y avergonzábanse de haberle mortificado y desconocido, y pensaban pagarle ahora con su fortuna y con su vida. La propia reina pidió benevolencia y gracia a su esposo y le aseguraba por lo más sagrado y por cuanto más quisiese que no lo había conocido.

—¡Esposa mía, no me hables más de eso! ¡Dios lo ha querido! Lo recuerdo únicamente yo y basta.

La máxima «Deposuit» volvió a escribirse en todos los libros de donde había sido borrada, y leyóse nuevamente en las Iglesias, y el rey se convirtió en humilde soberano. Y quien lea esta máxima humille su corazón ante Dios, y ruégale que, clemente, le preserve de la presunción y del orgullo.

J. VIDAL Y JUMBERT.

VIDA GRANOLLERENSE

El jueves recibimos la visita de nuestro querido amigo D. Joaquín Batet, que residió en ésta durante el curso 1881-82 como profesor del Co-